✠

ORACION POSTVMA Y PANEGIRICA, A LA Muerte de la ſeñora Doña Tereſa de Ayala y Baçan, muger de D. Pedro Pan y Agua, Cauallero de la Orden de Calatraua, y ſeñor de la Villa de Santa-Cruz, y de la boca de ſu Mageſtad.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOs el Licenciado D. Alonso de Morales Ballesteros, Canonigo de la Santa Iglesia de Toledo, y Vicario desta Villa de Madrid, y su partido. Por la prente, y por lo que à Nos toca, damos licencia, para que se pueda imprimir, y imprima la Oracion Panegirica à la muerte, hecha por D. Christoual de Melo Caruajal, natural de la Ciudad de Plasencia, por no tener cosa contra nuestra santa Fè Catolica, y buenas costumbres. Fecha en Madri à dos de Iunio de mil y seyscientos y quarenta y nueue años.

El Lic. D. Alonso de Morales Ballesteros.

Por su mandado.

Simon de Parra.

Es Mui buena

ORACION.



QVE Mal hallado està en el silencio, el ahogo de vn dolor grande, padecer, y no dar al suspiro parte en la pena, es desacreditar la pena pues siẽpre parece menor sin el suspiro: todos dizen que se aliuia con solloçarla; mas yo siento, que se minora con no gemirla; muriò Apis, y refiere S. Agustin, que sentidos le adorauan los Gitanos, poniendo delante del marmol de su sepulcro vna imagen de Arpocrates, que con el dedo en la boca les persuadia à sentir, y à callar, y es mas, que cierto, que con el callar desacreditauan el sentir, pues sentiã menos todo aquello que callauan, quando callauã mas todo aquello que sentian.

Que fallecio la mas acreditada nobleza, que perdiò el ser la mas honesta hermosura; que se esterilizarõ los mas floridos años, y que se anochecieron los mas hermosos Soles: ya todos lo alcançamos, quando supimos que muriò la señora Doña Teresa de Ayala y Vaçan, noticia à que no ay ojos que se enjuguen, sentimientos que se quicten, congojas que se apaziguen, ansias que se minorem, ni penas que se deminuyan: Muriò en fin, obedeciendo à aquel superior llamamiento à que el aspid mas obstinado no ha de poder hazerse sordo. Descansando està en su pira, y viendo, que en lo escõdido de sus grandes prendas, y en lo callado de sus crecidas virtudes, sobre la azul piçarra, y el duro bronze, como à Apis se le introduzia en el sepulcro Alpocrates, cõ el dedo en la boca. Llega cy esta craciõ, y se le quita, para que descubriendo aun tiempo su merecimiento, y nuestro dolor, sea nuestro dolor seña de su merecimiento.

Muriò pues la señora Doña Teresa en Abril, y al veynte y ocho de sus años, por que se atropellassen las Primaueras mas repetidas en su muerte, y nos diesse mas que sentir, pues vn mes que viene à dar vida à tantas flores, se la quitò à la mejor; que en este humano jardin ha respirado olorosos ambares; no la exemptò del golpe, el

ser sus años tã verdes, que podia en ellos el mismo Abril bosquejar hermosuras para el prado, y colorir matizes para el monte, pues antes en essa frescura se encendiò mas viuamente el peligro. No con impropiedad tiñera el Griego de relaciõ de Tertuliano (si estuuiera atento à este caso) de color verde la piel del cauallo palido, que viò San Iuan en el sexto del Apocalipsis, el qual manejaua con imperio la muerte, pues no le desacreditaran la version tantas circunstancias frondosas, como oy à nuestra vista en este Abril se marchitã: marchitase vna edad verde, pues aun no auia hollado el Sol seis lustros su dorada senda, quando desojada se desflora à elados cierços, la que florida se auia de alagar en blandos fauonios. Desluzese vna hermosura agradable, en quiẽ lo ayroso, y lo modesto auian hecho discreta confederacion (que es aun en en quien entiende mucho politica; que cuesta al ajustarse no poco) acabase vn talento claro, en quien el entendimiento, y la voluntad viuian sin discordia, pues alcançaua todo aquello que queria, y queria todo aquello que alcançaua, prueba de caudal superior, pues no en todos llega la volũtad, à querer, lo que el entendimiento llega alcançar, ni el entendimiento à alcançar lo que la voluntad à querer.

Apoc. 3.

Fue pues en Abril su muerte, y en la Pascua mas alegre en que el lirio, que cardeno se marchitò entre las sequedades del Golgota, florido renace entre los elados marmoles del sepulcro: y no es pequeño misterio, que nuestra difunta muera, quando el señor resucita, pues assi hallara la vida entre los horrores de la tierra: por que si se la quitò à Adan el ser rubia, la que le diò el primer ser, bien puede assegurar el suyo quiẽ le fia, no solo à tierra rubia, sino es à arena resplandeciente, pues tal quedò la del sepulcro, despues q̃ la cauterizaron, saliendo por ella los rayos de tan puro Sol. No estrañe no la habitacion de la sepultura, pues quedò de codicia su estãcia, despues que diò hospedaje, aunque triste à tanta Magestad; y assi apenas la desampara, quando viene vn Angel à viuirla; esto vieron las Marias aquella mañana, en cuyas luzes se descubrieron tantos misterios, y esto vemos tãbiẽ nosotros en esta ocasiõ, pues apenas resucita el Redemptor à glorias, dexando con soledad la boueda, quando otro Angel viene à buscarla, y à viuir en ella (que en la sepultura viue, quien adornada de tantas virtudes muere) de las quales sale fuera el resplandor, aunque sellado con las pesadumbres del marmol, quiere negarse à los ojos, que si huuo menester desuiarle esso-

Math. c. 28. v. 2.

tro celestial espiritu, para que se conociessen en su rostro las serenidades del semblante, y en su vestido el buen gusto del color acà no parece necessario, pues sin dessassossegar el jaspe, descubre nuestra piedad el rostro hermoso, y el candido vestido, con que caminando al mõte alto de la gloria, anda nuestra difunta los primeros passos de su comprehension, Sisifo mas valiente que el fabuloso, pues si este por la pesadumbre del risco, que le brumaua el ombro, nunca podia pisar la cumbre à la montaña; ella si, pues atropellãdo el que la oprime, pisa las alturas mas retiradas del Libano, flor hermosa, q̃ se trasplanta en esse monte en la Pascua de las Flores, en la qual no sin misterio apareciò Christo en traje de Hortelano, porque no desmintiesse el adorno al exercicio: y porque si este auia de ser trasplantar Flora, no le hallasse esta flor con vestido impropio para su cultura.

En traje de Hortelano le cogiò, y enseñado pocos dias antes à andar entre tierra, y entre espinas, porque no estrañasse su mano las espinas, y la tierra, que achacosa esta nuestra naturaleza, auia de descubrir al trasponer esta flor; hierase en ellas norabuena, que el correr la mano sangre en este Hortelato mas que excitar el enojo, es disponer el riesgo: y obscurezcase aqui aquella ceremonia antigua, donde la mano que se heria era indicio de la amistad que se aceptaua, pues la que oy desangrandose à violencias de vn clauo, se pone à hazer esta dichosa planta, en vez de llegar con la flor q̃ pone à desabrirse, viene entre sus sangrientas hojas à acariciarse. O clauellina feliz, pues dexandote salpicar de la purpura, que la mano de tu jardinero vierte en la misma accion de trasplantada, te hallas ya en la Pascua Florida.

No se lamẽte, no este que al parecer es acabamiento tuyo, pues mas que acabamiento es, abrir las hojas al mejor ser. Mueuase la losa norabuena, que para los justos abrirse en este dia los monumẽtos, mas es indicio de vna resurreciõ alegre, q̃ señal de vna mortalidad triste; assi lo mostrò la tierra, quando echando de su estomago tantos cadaueres santos, se mouiò, ya no para oprimirlos, sino es para resucitarlos: y si el cubrirte à ti, al parecer diferencia las acciones, no haze tal que la mandragora, aunque en su raiz entierra vna forma de cuerpo humano, no es para quedarse sin florecer en el desaliño de la hoya, pues gallarda al passo que este cuerpo se cubre mas en la tierra, se desprẽde su flor cõ mas hermosura àzia el Cielo.

A las puertas deste llega ya tu fragrancia, y assi para olerla, se dà por combidado el esposo, quando las dulçes vozes de la esposa, le solicitan en el septimo de los Cantares, diziendo: *Mandragoræ dederunt odorem in portis nostris*: No ay duda, ò flor que tu le diste, pues eran tantas tus virtudes, que no dexan pensar menos à la consideracion, y si el caer en el sepulcro parece que es torcer à otro lado el perfume, no es, que ya nos enseñò Isaias tal vez alguna vara misteriosa, que de la raiz que la tierra escondia, descollaua vna flor, que àzia el Cielo se leuantaua, sin que el viaje obscuro à que le encaminaua su origen, le impidiesse el buscar mas hermosos caminos.

Cant. 7.

Camina peus, ò planta feliz, sin rezelar que los humores bastos de la tierra, introduzgan en tu frondosidad ningun riesgo, que si le tuuo la yedra con que Ionas se adargaua contra las coleras del Sol, fue por que al resucitar el Profeta, no se leuantò del vientre de la vallena tan sin ascos, como tu Dios del de la sepultura.

Dichosos tus verdores, pues encuentran resucitado el mejor Ionas, con cuya assistencia gozò la tierra tan luzidos priuilegios, que ya no se halla en ella la putrefaccion.

De su desaliño, gusanos que introduzidos en la enramada, descogollen todo el dosel, à cuya sombra el fugitiuo cogia alientos para proseguir su viaje, que ya no los darà, porque si la resurrecion de aquel Ionas, se hizo entre las horruras asquerosas de vn pez, la de aqueste se haze entre las puras cãdidezes de vn cielo, con las quales se fecunda mas esta planta, pues al passo que se esconde mas inclinada en la tierra, à esse mismo es pretẽdiente de mas gloria; mas que mucho, si el dia que se sembrò, hallò en la sepultura los aparatos, mas apropósito para la pretension.

De los que tenian alguna, refiere la antiguedad, que era el adorno vna vestidura blanca, por la qual se llamauan Candidatos, y con este traje acreditauã el deseo, que en la pretension tenian. No se si aqui suelte las riendas al discurso, y lleguè à pensar, que el dexarse Christo en el sepulcro la mortaja, fue disponerte de pretendiente del cielo la vestidura, mas por que no lo pensarè si atẽto à nuestros à casos, tiene su prouidẽcia para ellos apercebidos tã de antemano los remedios.

Vistete, pues, essa librea candida, y imita cõ ella à tu Señor, pues si quando fue pretendiente del comun remedio, se la mandò poner el mas iniquo Iuez, no serà desapropósito, quando tu solicitas el tu-

yo particular, que te pongas de ocasion el vestido, pues el te dexò de proposito la tela; leuantese con ella Lazaro, y de aî aprenderas como es el mejor adorno para vna resurreccion.

Mas quien duda, que ya aurà passado por ti aquella eterna, que todos deseamos con palabras, y se ha de cõquistar con obras, nadie; pero que mucho, si las tuyas fueron obras negadas, con tanta prudencia à las palabras, mas quando en el golfo donde viue amontonada el agua, se vè sin serenidad la superficie? Ni quãdo el arroyuelo que tiene por caudal sola vna cinta de plata, dexò de correr con estruendo entre las guixas? Nunca, que hasta en las aguas no faltan estas afectadas demostraciones. Digalo el Eufratres, pues auiendo encontrado la glossa Angelica sus aguas bien hechoras, no sabemos por donde corren, ni que deuiessen a la memoria de Moyses las atẽciones, que las del Fison, las del Geon, ni las del Tigris, no fue descuido, sino misterio, pues quien encontrò al Tigris, en Asiria, al Geõ en Etiopia, y al Fison en Euiladh, le hallarà al Eufratres tambiẽ el cauce; mas como fue el que con sus raudales obraua mas, fue el que cõ sus ondas se sentia menos, adbitrio que siguiste, ò señora en tus obras, pues teniendolas tan grãdes, como despues discurrirà mi oraciõ, las ocultauas, no dexando que las sintiesse, ni aun la curiosidad, que mas atenta las azechasse.

Mas no ay que espãtar, que ibas à mirarte en aquel espejo sin mãcha, en quien se compone todo bienauenturado, y sabes que es calidad del espejo, el representar en si todas las acciones que las manos obran, mas no las vozes que los labios articulã; que cristal boluiò nunca el eco al mas desgarrado grito, y que vidrio no boluiò el mouimiento al mas encogido ademan? Propiedades son todas del espejo, y que de ti entendidas discretamẽte remitias al obrar todas las facilidades del dezir, porq̃ no es cordura el dezir delãte de quiẽ se paga solo del obrar.

Assi lo mostrò el otro labio, que seruia de guarnicion à los espejos que dize el 38. del Exodo, se ponian à la entrada del Tabernaculo, de metal era, que se quiso fabricar mudo: porque viẽdo, que los espejos erã los q̃ mas de cerca le auiã de escuchar, conociò q̃ no era bueno gastarse en voces junto à quien no las auia de corresponder.

Exod. 38. v. 8.

O prudente labio, y mas prudente el tuyo, ò señora, pues supo à broches de modestia encubrir acciones, que aun no tienen numero en la inmẽsidad, hallauanle para obradas en tu mano, mas no para-

ra

ra dichas en tu boca; pero aora ſaldran de la mia, porque ſi la atencion ha oído que reſucitaſte luego que moriſte, ſepa quando moriſte las obras heroicas con que reſucitaſte.

Comience pues ya mi pincel à meter colores en el quadro, y ſea en el tuyo la primera linea que le hermoſee el diſcreto porte de tu apacibilidad, pues era tan grande, que afectando llaneças, parece ſe adormecia tu memoria, y oluidaua los luzidos, y claros reſplandores de tu origen ſiendo tan para acordado el que tuuiſte, como lo mueſtra el ſer hija de los ſeñores Don Pedro de Ayala Manrique, ſeñor de las caſas de Pedro Moro, y ſan Andres, tan celebres en vno, y otro ſiglo, y D. Maria Vaçan rama iluſtre, que desfrutò el mejor humor al nobiliſsimo tronco de los Marqueſes de Santacruz, y Vizcondes del Caſtillo de la Valduerna. Eſtos fueron tus iluſtres progenitores, y pudiẽdo tu condiciõ tener por timbre la eſquiuez del lobo mal ceuado, que ſe dibuxa en tu eſcudo, no quiſiſte, ſino es apartando el natural de aquella deſapazibilidad comun, con q̃ ſe ſuele reueſtir la nobleza, te hiziſte tãto de parte del agrado que en ti ſe hazian amable, competencia lo noble, y lo apazible, y aſsi imperauas con lo apazible, aun mas que pudieras con lo noble, ſi atendieras à las vozes con que eſto te llamaua, lobo fueras, que intratable, como los de tu targeta, ſolo habitaras la inculta maleza de la ſeueridad; mas como atendiſte à las razones cõ q̃ lo afable te perſuadia, cordero manſo fuiſte, que à gaſto de ſuauidades rendias corteſmente las inclinaciones.

Cordero pidiò Iſaias, que vinieſſe hecho aquel Señor, que auia de ſeñorearſe del mundo, no le ſolicitò lobo, porque en la cõquiſta de voluntades fiò mas del vellon blanco con que el cordero ſe cubre, que de la piel erizada con que el lobo ſe viſte; mas que mucho, ſi el deſagrado viue tan reñido con las calidades de la iman, y el mas eficaz para la conquiſta de corazones, la cortès blandura con que templa lo iluſtre, para ſu comunicacion, los rayos ſolares que ſe encendieron en el vermellon ardiente de ſu ſangre Real.

Quien mas diſcreta los templò, que la nobleza que oy lloramos difunta; ninguna, pues la mas aduertida en eſtas diſpoſiciones, quãdo quiſo humanarſe mas, no diò tan enteramente el punto à la dulçura, que no ſe le hallaſſe algun reſabio, que deſaçonaſſe con ſu deſabrimiento, aquel guſto con que ſe perficiona lo vltimo de la afabilidad. Digalo la empreſa del otro Monarca, que tirando à explicar

car su condicion, pintò vna granada, que abierto el pecho, arrojaua entre el desperdicio hermoso de sus rubies, vna letra, que dezia. *Yo soy agridulze.* Mostrando, q̃ quando mas apazible se quiso descri bir, no dexò de encôtrarle alguna azedia, q̃ le llegaua à desaçonar.

O admiremoste señora muchas vezes, pues te portaste con tal cordura, que quitando à tu talento todos los sinsabores de desabrido, dexaste à tu trato con todas las suauidades, desaçonado, por lo qual te heziste con tanta generalidad amable, que no auia volũtad, que no arrastrasses dulcemente à tu veneracion; mas no ay que espantar, si oluidado de la aspereza, requeria tu semblante entre las mesuras proporcionadas de señor, à las estimaciones precisas de apazible atencion, à que no se niegan, aun los bastos troncos.

Digalo la Primauera, pues por salir en ella el tiempo de aspecto mas afable, le festejan los arboles, vistiendose de libreas verdes, y dando à las aues amenos descansos, donde despeadas sus plumas, de postear por el ayre, cobrã nueuo aliento, para boluer à correr la cãpaña, que oyendo el clarin, que toca à escaramuzear en sus picos, desprende de las ramas algunas hojas, que cruzandose con los paxaros en el viento, ni se sabe, si la hoja es paxaro que deleita con su dulçura, ò si el paxaro es hoja que entretiene con su verdor.

Esto passa en aquella apazible estacion del año, en que el tiempo oluidado de sus estrañezas, dexando las melancolias pardas del Inuierno, saca el rostro risueño con los agrados alegres del Abril: y si esto passa en Republica tan basta, como la de vna selua? Porque no passarà en la nuestra, donde no à tiempos, como el tiempo, sino tã sin pausa mostrauas las apazibilidades, que no hallò jamas el desagrado vazio, donde poder hazer suerte à tu condicion.

Desto seràn Retoricos Panegeristas los pobres, que solicitando su remedio, sin dilacion le hallauan en tu liberalidad, y sino qual saliò desconsolado à la propuesta mas corta de su menester; y qual no socorrido al indicio mas pequeño de su necessidad, ninguno; pues todos los remediauas al modo que podias, no con desperdicios indiscretos, que el que los tiene, mas merece reprehensiones, que aplausos.

Cant. C. 4. v. 13. Fuente sellada quiso el mejor Salomon que fuesse el alma santa, no fuente abierta, que prodiga de cristales se derramasse con impetu por vna y otra parte, con prudencia pretendiò que se gastasse su caudal, no con exorbitancia, que a dessear esto, no se dexara èl lla-

mar fuente de jardines, al campo ſacara ſus corrientes, donde todo el boſque ſe fertilizarà con ſus aljofares; mas quien entre cercas coronadas de jazmin eſcondiò ſus raudales, ſeñal es que no quiſo, que à toda la ribera fueſſe comũ la inundacion, ſino ſolo à aquellas plãtas que encerradas en el Parque publicaſſen con anſia ſu deſabrigo.

A eſtas comunicauas tu con mas promptitud tus liberalidades; y ſino diganlo tus criadas, à quienes vizarra dauas tus veſtidos, aun ſin la primera indecencia de axados, ninguna ſe quexaua, porque à todas con deſvelo prouido las ſocorrias, dando con aquella prudencia, que aconſejò el otro curioſo, quando exortando el modo que auia de tener en expẽderſe vn animo bizarro, pintò vn relox, y vna letra grauada en èl, que dezia: *Hoc fac.* Pues q̃ haze el relox; que aſsi perſuade à ſu imitacion eſta diuiſa? Dar à todas horas, pero con concierto, porque el que no le ſabe tener, desluze ſin èl toda la accion generoſa del dar.

Si eſto lo cumpliſte tu con realçes, digalo aquel acuerdo que tuuiſte, aun quando eſtauas ya cerca de fallecer, de que ſe repartieſſen las limoſnas, que en ſemejantes Paſcuas ſe ſolian en tu caſa diſtribuir. Mira ſeñora, que no es hora ya de dar mas q̃ el alma à Dios, ſi es, que el relox para andar concertado, ha de dar à todas horas, y aunque en la que eſtoy me pudieran mis dolores llegar deſte reparo à diuertir, no conſiente mi caridad, que me pueda deſta aduertencia enagenar.

O imitadora iluſtre de aquel enfermo mayor, que eſtando en la cama de la Cruz, no baſtaron ſus anſias à quitarle el cuidado de repartir le porcion del Parayſo, à aquel pobre que à ſu lado ſe le podia à vozes: quexeſe anſioſo, y clame entre ſuſpiros, diziendo, Señor acuerdate de mi, que à ti te las darà tu compaſsion, que en abono del neceſsitado, es el mejor deſpertador, bien ſe vè, pues no te impidiò para tenerla el hallarte en las vltimas agonias; que mucho ſi ſiempre fue de vn grande eſpiritu el hallarſe prompto para obrar, aunque la carne en forma le quiera con ſus achaques entorpecer: padezca el cuerpo dolores, que buẽ modo de templarlos es, el cõpadecerſe de los que atormentan al pobre en ſu neceſsidad.

En eſto hallaua Lazaro el aliuio de la congoja que le cauſauã ſus heridas, pues quando con mayor encono le moleſtauan, ſolo eran ſu liſonja los lebreles que en ſu ſangre ſe ſocorrian. Acallauaſe ſin duda en eſto tu dolor, bien como el otro Elceario, de quien cuentan

tan

tan las Historias, que siendo niño apaziguaua su llanto solo cō ponerle la limosna en la mano, y que èl à los pobres la repartiesse.

Repartala la tuya, que si con hazerlo pretende aliuios, los tendrà de gloria, pues de ninguna sufrirà con gusto violencias el cielo como della, pues abriendose para socorrerse, baxarà à ella todo el Impireo, haziendo que en retorno le llegue à recibir, no siendo la vez primera que vna mano abierta, atrae por premio asi toda vna Region estrellada, pues en la del hijo del hombre la viò ya S. Iuan reduzida à siete astros, solo porque abriendo la mano hizo la acciō de quien daua; siendo verdad, que era solo el que recibia; pero quādo en interesses diuinos dexò de ser el hombre el que recibe? Ni quando podrè yo dexar de pensar, que quando abriendo la mano con tantas caridades te gastauas? Tu no eras la q̄ premissas de gloria en menudos resplandores recibias?

Apoc. c. I. v. 16.

Mas para que me gasto en estas liberalidades de tu caridad, quādo tomandola mas de espacio el pulso hallo las finezas en la tuya con mayor accessión; y sino digalo aquella assistencia incansable, con q̄ te dedicaste pocos dias antes de tu muerte à curar en la persona de tu consorte, los porfias molestas de vna enfermedad peligrosa, Fabio la mas compasiua, que aquella que la antiguedad celebra, pues pudiendo fiar la aplicacion de los remedios à otras manos; quisiste que passasse por las tuyas, aun la aplicacion del medicamento mas fastidioso, exercicio que estudiaste en las mas asseadas que jamas solicitaron nuestra salud, pues ya viste tal vez à las de Christo sobre lo puro de su palma batir el colirio, sino ablandar el vnguento, que para dar vista al otro ciego, se amassò tan pegajoso, que para desprenderle, fue menester toda el agua del estanque de Siloe.

Pero para que admiran en ti estos exercicios, si todos eran efectos de vna voluntad, que estimando al que padecia, no passaua en ti la raya de la obligacion. Callese pues esta fineza, y salga en su lugar la de los mayores ardimientos, pues lo fue aquella suplica que hiziste al cielo, de que te lleuasse, con tal, que la vida de tu dueño se redimiesse; proposicion en materia de caridad, que aunque la pronunciaste con labio humano, no parece sino es de aliento diuino. Esta le pareciò al Aguila de los Euangelistas en su cap. 15. la accion mas heroica à que podia llegar por otro, vn denodado pecho, y el tuyo la obrò, ò como no se pretendian en èl las comodidades propias, sino es los interesses agenos.

Ioan. C. 15.

 Nunca

Nunca entendi yo, que huuiera imitacion en los siglos de la fineza de Alceste, muger de Admeto Rey de Tesalia, por Matrona insigne, la esculpiò Plutarco, en la lamina q̃ hizo de mugeres ilustres, gouernandole el buril, el auerla visto ofrecer la vida, quando su falso Oraculo prometiò quitarsela à su marido, sino auia otra q̃ se ofreciesse por èl, borrela ya pues, el Historiador en su volumen, y pongate à ti, pues ofreciste el ser, por el que amauas en tu consorte, à los primeros amagos del peligro, sin aguardar à las intimaciones seueras del Oraculo.

Que mal celebrara ya Seneca, si te huuiera visto à ti, el amor de su Paulina, quando ofreciendo à las sangrias el braço, quiso dar en el baño por èl la vida, y las brasas de Porcia, que poco se encarecieran en Bruto, si en competencia tuya quisieran apostar finezas, pues quando mas diligenciaua su fin con vianda tan encendida, mas se apagaua el peligro en la boca que las tomaua. Calle ya pues Celopemo, las demostraciones de su Caris, Sinato las ternuras de su Chama, Mauseolo las finezas de su Artemisa, y de su Argia los alagos Polinice, que todas son sombras, que delineò la ancianidad, para sacar sobre ellas en este siglo, con valentia las luzes de tu estampa.

Y sino para ver si lo eres, y con viueza de la caridad. Reparelo la atencion, y la que conociere su efigie, apadrinarà mi sentimiento, que mano ay, que sin saber traer sobre el lienço el tiento, ni la brocha, no sepa que se pinta por geroglifico desta virtud, vna belleza, que cercada de inocentes, solicitan todos el abrigo de su amparo, aun la mas descuydada en estas diuisas, no lo ignora, pues diga esta, si te diferencia en algo, quando alagandose à tu lado la tropa hermosa de tus hijos, afrentauas la prouidencia del Aguila, pues con tener esta espiritu Real, no alcançan sus alas, quando mas desplegadas, à disponer entre su blandura tan cariñoso calor, como tu hazias à las dulçes prendas, que en la suauidad de tu regaço se acariciauan.

Queriaslos, como se deuen querer, no faltando por los alagos tiernos de la caricia, à los prudentes preceptos de la correpcion, con la qual los tenias tan obedientes, como el hijo de la otra Matrona Etiopisa, de quien refiere Sabelico, que auiẽdo hecho vn delito, se dexò de su misma madre echar al cuello vna cinta, y con su blanda laçada quitar la vida, siendo torcedor molesto, que le opri-

mia el mismo braço, que antes cariñoso le regalaua; peligro q̃ en ti no se pudiera temer, pues en tu hermoso plantel à cuidados de tu educacion, salian los pinpollos tan sin vicio, que en la debil ternura de renueuos, quãdo mas se les deue corregir, aũ no auia en ellos hoja superflua que les cortar; gracias à tu cuydado, pues gastãdose en esto muy por junto, reprehendia al que en tales materias se dà por onças, no siendo este el menor, pues ya de la onça nos enseña Pierio, que cariñosa lame sus hijos desde que nacen, hasta que les llega aquella perfeccion, que necessitan, para no ser defectuosos en el estado bruto en que nacieron.

Prob. C31. v.13 Tan desvelada te trayan estas atẽciones, como todas las demas que tocauan al gouierno politico de tu casa en que te portaste, tan como deue ser vna señora cuerda, q̃ parece fuiste copia de la otra muger fuerte de los Prouerbios, que diò por señas de su valor, el q̃ compraua lino, y lana, y echando codicioso la mano al vso, señalaua à cada criada, las atenciones en que se auia de emplear su ocupacion, y otras llanezas que quedaràn con nota de vulgaridades, sino las canonizara tan sagrado Texto.

Esta fuiste tu, sin faltar aun à las mas menudas ocupaciones de aquel espiritual prototipo, pues en todo le seguiste, gouernando tu familia, con disposicion tan particular, q̃ à buelta de muchos exercicios espirituales, eran tu desvelo ordinario, las atenciones domesticas, que en tu estado dexar estas por seguir aquellos, mas que adelantada virtud fuera nociua distracion.

Assi lo mostrò Dios, quando estando en tiernos abraços, rebozados en reñida lucha cõ Iacob aquella noche, le pidiò que le dexasse, à ver que la Aurora desprendia las primeras luzes, porq̃ no quiso que al Patriarca le hallasse en deuotos exercicios, la claridad del dia que executa por seglares ocupaciones. Gen. 32 v. 26.

Pero que de vezes, acosta destas te viò la Capilla de alguna Parroquia, sino en tierno abraço, en dulçe coloquio con tu Dios, y sino digalo la de cruzificado, que le adora en san Esteuan, de quien fuiste tan deuota; que con afecto religioso parecian tus contemplaciones en èl, tu vnica ocupacion, pues te estauas adorãdole largos espacios, aun mas fina que Iacob, pues este si en la Eucaristia insistia, era porque su Dios cerrados los braços tampoco le dexaua, mas tu aun viendole con los braços abiertos, no sabias apartarte dèl, mas que mucho si te pretendia en su Cruz cõ tres clauos la cõsideracion, Gen. c.32. v.24.

Quien

Quien ponderarà aqui el modo cõ que se portò tu recato en las ausencias precisas de tu dueño? Nadie podrà, sino es el que te considerare hermosa marauilla, que recogiendo sus hojas en los retiros del Sol, dexò toda la flor esta huerfana de su fragrancia.

Correr las cortinas à la carroça, y pasmarle en el exe las ruedas, solo entendi yo que eran efectos de la noche, que en ausencia de su mayor Planeta, no queria se descubriessen en el cielo tan ruidosas obstentaciones, mas ya vi, que tambien fuerõ acciones tuyas, quãdo hallandote sola de manera te escurecias, que dudo si te hazias noche, pues eran los mismos efectos los que causauas, y sino que ojos vieron en la calle tu coche, mientras tu Febo no era en èl el q̃ presidia, ningunos, y era decoro atentissimo, pues ya vimos alguna vez verterse en cenizas escandalosas el carro, que lleuãdo vna juuentud se dexò tirar de los cauallos licenciosamente por el ayre: llore estas inaduertencias Phaeton con todas las aguas del Pò, que no tuuiera que sentirlas, si con tanto seso, como tu huuiera sabido gouernarlas.

El tener tirante la cuerda al arco de tanta obligacion, introduxo molestas quiebras en tu salud, que el cañamo mas fuerte, si con teson porfia la mano à tenerle en la carcel del disparador, suele roçarse. Enfermaste pues, y contigo enfermò juntamẽte todo el gusto popular, pues no auia nadie que no padeciesse, quando te afligian todos los dolores particulares, que à ti te molestauan; pero q̃ mucho, si eras tan vniuersalmente querida, y la pena de lo que se estima atormenta, como propia, aunque mas se quiera considerar agena.

Esta verdad descubriò Hugo en la suplica del Centurion, pues haziendosela à Christo, para que fuesse à verà su criado enfermo, por amarle con ternura, dize el Cardenal, que aquella clausula con que principiò el ruego, que fue diziendo: *Puer meus*, fue como si dixera: *Morbus est meus*, no huuo sentimiento, que de tu enfermedad no pudiera hablar como el Centurion: *Morbus est meus*, pudiera dezir cada vno, pues aunque eras tu la que padecias el achaque, eran todos los que passauan sus accidentes.

Math. c. 8. v. 6.

En la molestia destos, dar noticia del sufrimiento que tuuiste, fuera correr los rasgos àzia el impossible, y assi haziendo mas acà la digresion, solo acreditarà aora tu paciencia la sed que passaste en vña ocasion, que de relacion tuya se supo, fue tan grande, que dixiste

te no entendias auia tormento humano que asi llegasse à molestar como la sed q̃ tu auias llegado à padecer, la qual sufriste absteniendote del agua, por dezir querias hazer à Dios sacrificio de congoxa tan insaciable.

1. Reg. c. 26. v. 12. Calle à tu vista ya la fineza de Dauid, pues si se le antoxò el agua de la cisterna de Belem, por lo menos no supo atropellar el antoxo, à la boca salio el desseo que le picaua, y este no parò hasta ver en las manos el bucaro, derramole quando mas le brindaua su cristal, y aũque mirò el agua en el suelo, no se si fue tanto sacrificio en èl, el llegar à derramarla, como en ti el no llegar à pedirla: mas q̃ mucho si en esto de sed huia Dauid lo que le ofendia, y tu buscauas lo que te molestaua; y si no vease en las prendas que quitò à Saul, quado dormido descansaua en la cueua, vn frasco de agua, y vna lãça fueron, y al restituirselas, le boluio la lança, y se quedò cõ el frasco, que quiso mas quedarse con este, que en vna sed le podia socorrer, que con aquella que auiendosela querido tirar Saul, mirandola le llegaua à lastimar: disposicion en que tu te portaste diferẽte, pues te quedaste con la lança de la sed que te oprimia, y no quisiste el frasco cõ que tu congoxa se remediaua. (v. 22)

Ioann. c. 19. v. 34. Matth. c. 27. v. 34. Quien te persuadio esto, sino es tu paciencia? ò aquel Señor que estãdo padeciẽdo sed, en las sequedades de vn leño, abrio el pecho à las durezas de la lança, y cerrò la boca à los licores de la esponja, eligiendo aquella por lo que tenia de precilo dolor, y despreciando esta por lo que mostraua de aparente socorro. No elixas tu el del agua, que despreciando essa, que veuida dà mas sed, te aguarda otra que sera mejor despique de tu incendio, pues ya alguna vez se ha despeñado en raudales viuos, desde los veneros de Sion, para quien arroxendo el cantaro, dexò las aguas de Sicàr, que temporalmente podian refrigerarla, y eligiò las diuinas, que con eternidades auian de socorrerla.

Desta suerte padecias en tu enfermedad, à tiempo que no auia espiritu de voto, ni deuocion religiosa que no se gastasse en hazer al Cielo suplicas por tu salud. Resistiase a ellas, por que te queria para brillante estrella de sus moradas, profiauan las descortesias del mal, aun à vista de santas reliquias, que seruian mas de crecer en ti lo contrito, que de corregir en el lo malicioso. Entre ellas tuuo el primer lugar vna cabellera de la imagẽ crucificada, que tu tan tiernamente reuerẽciauas, y no se si diga, q̃ fue en ti coger la ocasiõ por los cabellos,

bellos, para aſſegurar en los de tu Dios, ya que no las premiſas ciertas de tu vida, los euidentes triunfos de tu muerte; por que ſi eſtos tienen ſu credito en el empuñar vna palma, ya vio como ella, la Eſpoſa en el 5. de los Cantares, eſſa dorada melena, que ſin recoger en cinta ſe peynò tal vez à dulces ſoplos, y tal ſe ahetrò à infames injurias, ò que bien hiziſte de pedirla, que ſi la de Abſalon por loca ſe ſolicitò el rieſgo entre las eſpeſas ramas de vna encina, eſta por humilde te diſpõdrà el ſocorro entre las agudas eſpinas de vn cãbron. Empieze ya en ella à texer trenças tu mano, que para aſſaltar el Alcaçar de la gloria, mas fuertes ſeràn que aquellas que de ſus miſmos cabellos texian las Matronas de Roma para ſubir ſus muros; mas q̃ mucho, ſi es la greña del mejor Sanſon, y eſtà probada de firme à injurias de la nieue, y à rigores de la eſcarcha.

Cant. 5. v. 11

2. Regum c. 18. v. 9.

Mas para que te perſuado lo miſmo que hiziſte, dichoſa tu, que de tal ſocorro te fiaſte, pues ſiempre vienen del los amparos à propoſitò, aunque mas vengan por los cabellos, que mucho, ſi ſon ſocorros diuinos, y ſolos los humanos ſon los que padecen eſſas violencias, como ſe vè en Daniel, pues para recibir vn refreſco de la ceſtilla de Abacuc, huuo meneſter que vn Angel aſiendole la melena, le entraſſe como por fuerça en la profundidad del lago: no aſsi vino tu Dios à ampararte, aunq̃ por los cabellos vino à ſocorrerte.

Començò à hazerlo dandote tanta cordura aun en los freneſies, que en los mas ardientes, quando ſus feruores quitauan el tino à la razon, eran las tuyas conſideraciones del vltimo fin. Quien viò en los humos que vn delirio arroxa à la cabeça, tener ſeguro lugar la meditacion, ſolo lo mirò quien vio à los tuyos confecionarſe con vnas mezclas de oracion, y muerte, bien aſsi como la otra vara de humo, que ſe viò ſubir del deſierto, que todo quanto exalaua, eran vapores de incienſo, y mirra.

Vapores de mirra, y incienſo, eran los que à tu cabeça ſubian, pues acentos de oracion, y muerte, eran los que en tu boca ſe eſcuchauan: y eſto bien lo creerà quien ſupiere, que ſiempre el labio pronuncia à medida de lo que el coraçon ſiente, y aſsi muerte, y oracion ſentias, quando vacilando en el juyzio, muerte, y oracion hablauas.

Oyòte aquella la conuerſacion, que ya malicioſa ſe eſcondia detras de las cortinas de tu lecho, y aſſomãdo por entre ellas la ſegur, empeçò con paraſiſmos ha amenaçarte, no moſtrando tu a la viſta

de

de tan ſangriento filo, ni el mas pequeño pauor, que mucho, ſi aſſe-
gurauas en tu virtud, todas las amenaças de ſu ſeueridad. Aſuſteſe
norabuena Baltaſar, al ver aquella mano, que apareciēdoſe por en-
tre los encalados de ſu pared, le intimauas en pocas clauſulas, mu-
chas deſventuras. Y acobardeſe el otro rico, al percebir los ecos de
aquella voz que no librauà à plaços de otra noche, lo riguroſo de
ſus caſtigos, que vno y otro con razon, deuen pauoriçarſe, pues no
tienen, ni el vno obras, que en el rieſgo le aſſeguren, ni el otro vir-
tudes, que en el daño le ſoſsieguen: mas no ſe altere tu viſta al mi-
rar ſe le eſgrime tā cerca el montante, pues tiene tu mano obradas
tantas coſas en que ſe mellaràn las durezas de ſu golpe. Arrogeſe
valiente à cogerle el corte, y ſi ſe hiziere ſangre le ſerà con el valor
de mas merecimiento el diſguſto.

Mas ay, que ya sè, no ſe embaraçò la tuya, en tan vulgares inſtru-
mentos, otro mejor fue el que eſcogiò en ocaſion tan zozobrada,
pues valiendote de vn Chriſto moriſte con el tan deuota, como cō
el viuias, à ſus pies inclinauas tu boca, y en oſculo amoroſo, le ofre-
cias agonizando el miſmo ſer que le ſacrificauas viuiendo, ſuce-
diendote lo que à la triſte tortolilla.

Eſta ſe mandaua en el Leuitico, que quando ſe ſacrificaſſe, fueſ-
ſe buelta la cabeça al pecho, que es como de ſentencia de Rabiſio
Textor: ella ſuele beber à diferēcia de las demas aues, pues para paſ
ſar el agua, todas leuantan el cuello, precepto q̄ ha penſado ya algu-
na imaginacion que le puſo Dios, à cauſa de que eſta auecilla mu-
rieſſe del modo que viuia. Diſcurſos ſon eſtos que ſe ſoſpechan en
la tortola: pero euidencias que ſe verifican en ti, quien ſabiendo la
deuocion que à eſſe crucificado Señor tenias viuiendo, y mirando-
te aora inclinada la cabeza àzia èl eſpirando, no dirà, que eres co-
mo la tortolilla, que diſponer el fallecer con las miſmas acciones
que ſolia el viuir.

Viue ſeñora, ya que tan à lo heroico mueres, ò muere, ya que tan
à lo eſpiritual viues, y ſi eſſe ſeñor que te aſsiſte te diò la vida rèſpi-
rando el ſer en tu roſtro, reſtituyeſela tu, hechando en el ſuyo tu de-
licado aliento; mas ay, que ya ſe hechaſte, con que cerrādo los ojos
à eſta humana comunicacion moriſte.

Mas no ſe llame, no la tuya muerte, pues en el principio de mi
Oracion la encontramos con tantas circuſtancias de vida.

Suenen pues ya los golpes del ſepulcro que ſe abre para tu colo-

cacion, pues essos, mas que espantarte, puede llegar à entretenerte: rompa la azada el duro cesped, que no se darà por sentida la tierra, quando su lengua la lastime, que esso no es herirla, sino cauarla, y esto no llega à ofender, à quien en dulces frutos lo pretẽde restituir.

Cauaron mis pies, y mis manos, dize por boca de Dauid Christo: en el Psalmo 21. y no dize hirieron, por que la voz *cauar*, haze alusion al fruto que del se esperaua, y la de *herir*, à la pena que en el clauo recibia, y no quiso insinuar con voz de pena, las heridas donde se auia de desfrutar tanta gloria. Cauese pues la tierra, y aguardete abierta la boca, pues si esto es admiracion, bien pudo cansarla à vna criatura mas insensible el ver la grandeza con que à ella te lleuò la mano generosa de tu illustre dueño.

Quien sin rozarse cõ las cortedades, podra aqui describir lo magestuoso de la funeral pompa, cõ que saliste de tu casa, para ser trasplantada en la de la Reyna Maria, donde te aguardò vn ouelisco hõroso, que arrojando de si llamas, parecia Monjiuelo triste de vayetá, que teniendo sobra su cumbre mas insignes zeniças se abrasaba en luzes, por conuertir las tuyas en resplandores; sino es que ya diga, fue escollo lugubre, dõde descansando tu, tropeçauan del vulgo los suspiros, con cuyo aire abibados los blandones, ya no eran gotas de cera las que à su ardiente congoja se derretian, sino lagrimas, que al color de tanta pena se llorauan. Alli descansaste poco tiempo en vrna breue, ò à los arrullos tristes de la musica dormiste, para que fuesse à lidiar tu cuerpo mas alentado, con los horrores del sepulcro: bien como otro Alexandro, que à vista de las inuasiones de Dario, se echò à descansar, diziendo que viessen, quan poco à su contrario llegaua à temer, quien estandole mirando se echaua con tal sosiego à dormir. Tu dormiste, aun sin estoruarte la quietud, el ruido de las campanas, que tocandose generalmente con retorica sentida, se dauan à su modo el pesame los metales. Alli guardandote el sueño, aun no hazian ruido al consumirse las bugias, que coronauan tu obelisco, yo pienso que fue por no desprender ninguna leue pausa, que acreditasse, se gastaua cosa en tu presencia, que no fuesse pesadumbre. Quanta fue la que todas las prendas naturales alli por ti mostrauan. Digalo la nobleza, pues arrastrando tosco mongil, dezia la auia faltado su mayor apoyo, publiquelo la hermosura, pues prendiendo cruda beatilla, mostraua se le auia huido su mas buen gusto, cuentelo la mocedad, y la fortaleza tambien lo

cuente,

cuente, pues todos te llorauan, quando en esse pino enlutado tan sin aliento te atendian.

Que mucho si entre sus tablas mirauan desmoronada otra mejor estatua, que por fundarse en barro, no pudo conseruar la hidalguia de sus metales, pues ni el de la nobleza con ser oro, ni el de la hermosura con ser plata, ni el de la mocedad con ser bronce, ni el de la fortaleza con ser hierro, se pudieron contener, sin dexar de llegar por esta flaqueza comun à morir.

Mas ay, que dessa tierra que te causò el precipicio te venga otra que te preuiene el descanso, esta es la de la huessa donde viues, pues por tierra, que Maria Santissima pisa con su trono, assegura con toda euidencia la felicidad: assi lo sintiò Iacob, quando con juramẽto le mãdò à su hijo Ioseph, no dexasse su cuerpo en tierra de Egypto, sino le lleuasse à dar sepultura à la tierra de promision, precepto que de sentir de Agustino, le puso el Patriarca, por parecerle no era desdicha estar sepultado en tierra, que auia de pisar la Madre del Mesias prometido.

En esta reposas tu, y assi à vista de tu sepulcro se desvanezca la soberbia del que para si edificò Semiramis, la locura del que para su esposo erigiò Artemisa, la vanidad del que para Hephestion dispuso Alexandro, que todas son incultas Piras en cotejo de la que tu ocupas; que mucho si en aquellas auia tanta obscuridad, y la tuya tiene por Cenith vn Sol, que con sus rayos auyentarà las tinieblas que suelen hazer horrible tan prolixa habitacion. No se reçele, no en la tuya, espiritu que turue el dulçe sossiego en que reposas, que si en las bouedas tristes de Ienelaret, tenian lugar estas malicias, era porque entre sus horrores se afiançauan sus astucias.

Mas donde todo es claridad, como se podran temer, y mas en sitio donde se halla verificada con realçes en Maria, subiendo al cielo (pues es capilla de su assumpcion adonde habitas) la ceremonia de los antiguos, pues acostumbrauan poner sobre las Piramides de los sumptuosos monumentos, vna Aguila que abiertas las alas espantaua con su buelo el de otras aues, porque no llegassen cõ sus cantos à turbar el sossiego del que entre aquellos jaspes auia llegado à fallecer.

Descansa tu, ò señora, y mejor que los antiguos descansa, pues si à estos bolando sobre su vrna vna Aguila terrestre les diligenciaua el temporal sossiego, à ti bolando sobre tu Pira, otra Aguila celes-

tial te solicita el eterno descanso. Escondete entre sus plumas, que ya alguna auecilla valiendose deste ardid, à sabido apostar ligerezas con los impetus gallardos del mas remontado Ayron. Buela, buela, y al verte bolar al cielo temple sus sentimientos tu amante dueño. Muestrese constante en su pena, y no se dexe vencer del dolor, pues ya para no hazerlo en tanta perdida le enseñò la empresa del otro valeroso Heroe, de quien se escriue, que al entrar en las batallas lleuaua vn ramo de cipres, y otro de palma, en quien se veîan entretexidas la muerte, y la victoria, y en medio escrita vna letra, que dezia: *Erit altera merces.*

Corte pues la muerte ramos de cipres sobre tu lecho, y sobre tu mano la victoria, ramos de palma corte; que viendo que has conseguido los triunfos desta, por las pesadumbres de aquella en el noble pecho de tu dueño: *Erit altera merces.* Ambas cosas le serân cõsuelo, pues por ambas cosas llegaste à obtener la perdurable quietud en que estas dezimas te llegan à considerar, donde descanse tu espiritu, mientras las canta mi voz.

Tirsis, aunque ya espirar
Te vimos, no ay que sentir
Tu morir, pues no es morir
El que lleua à descansar:
Descansa ya en el lugar
Que tu merito te adquiere,
Y assi verà el que quisiere
Quando en la gloria perciue
De descanso en lo que viue,
Quien descansa en lo que muere.

No las fatigas desvelo
Te dieron, quando espiraste,
Pues en vn soplo passaste
Lo que ay de la tierra al cielo;
Y assi aquel pequeño anhelo
Que tu boca dio al salir
La vida, no fue morir,
Fue vn soplo que diste actiua
Viendo el alma que al cielo iba
Para ayudarla à subir.

Su

Subiò con feliz victoria
Obstentando en su partida
Que no es perdida vna vida,
Quando se gana vna gloria:
Y assi dexe la memoria
De apurar nuestro desvelo,
Pues puede en su mayor duelo
Templarla, quando mas triste
Ver, que si vna vida diste
Se te pagò con vn cielo.

SONETO.

A la muerte de la que felizmente viue en la gloria, que fue el Emporio de la Nobleza exemplar, y virtud de casadas, documento de donzellas, gloria de nuestra patria y siglo.

La Illustre Señora Doña Teresa de Ayala y Manrique, hija del nobilissimo señor D. Pedro de Ayala y Manrique, señor de Pero-Moro.

El Licenciado D. Antonio Nuñez de Prado y Velasco, en eterno nombre le consagra à el sentimiento justo de todos, y le dedica à la fama.

Turbado el Sol, con llanto las Estrellas,
Del campo la hermosura maltratada,
La perfeccion de la belleza axada,
Y a el dolor, lo insensible con querellas.
Eclipsadas del cielo las centellas,
La maquina del Orbe desquiciada,
La esfera superior, amenazada
Del justo, de perder sus luzes bellas.
Todo pronuncia en eco doloroso,
(Que de tanto dolor, eco se expressa)
(Aun este sentimiento tan ruidoso.)
Que la llama mejor, es ya pauesa,
Mas della nace (Fenix mas glorioso)
Para vna eternidad, D. Teresa.

EPI-

EPITAFIO

A la temprana muerte de la Señora D. Tereſa de Ayala y Manrique, por el miſmo.

DEZIMAS.

Yaze en eſte monumento
pira breue à deidad tanta,
la que con inmortal planta
piſa el cielo pauimento,
paſsò deſte à el firmumento
adonde viue ſegura
ſu virtud, y ſu hermoſura,
y ſiendo tan ſingular,
ſolo por verla eſpirar
la conocieron criatura.

Breues ſus años contò,
mas en breuedad tan ſuma,
no halla numeros la pluma
à los muchos que viuiò:
porque en pocos ſincopò
los mas que pudo luzir,
quien ſupo mejor morir
que euitar fatales daños:
no eſtà en viuir muchos años,
ſino en el ſaber viuir.

de

De Ayala y Manrique fue
rama ilustre (tronco Augusto)
y el trasplantarla fue justo
à el cielo, donde se vè
astro, que luze por Fè,
segun la piedad Christiana,
y aunque naciò planta humana
con pompa tan conocida
lo menos fue desta vida
por ser toda soberana.

Y assi remontando el buelo
de su pluma en lo veloz
pudo llegar con su voz
Caruajal à este cielo:
Marte te contemplò Melo,
y en tu pluma equiuocado
te negaua lo soldado.
mas à empresa de tal arte
de arroxamientos de Marte
necessita el mas Letrado.

Del Marques de Alconcher.

Goza Teresa del cielo,
donde tu origen tuuiste:
que aunque tan Angel naciste,
es mortal quien pisa el suelo.

Fuiste humana en solo el velo,
soberano lo interior:
tu sangre Ayala explendor
regio esparce: y tu hermosura
fuera mas que de criatura
à ser finito el Criador.

Del Padre Fray Iuan de Iesus, Descalço.

Començaste à brotar rosa,
y no llegaste à salir,
librastete del viuir,
que es carrera peligrosa:
auròra tuuiste hermosa,
y en el Ocaso el Oriente:
lleuòte el ado inclemente,
y à mi parecer piadoso,
pues que gozas con reposo
vna vida sin Poniente.